

MOVIMIENTOS SOCIALES EN LA ENCRUCIJADA. ENTRE LA INTEGRACION Y LA RUPTURA

Igor Goicovic D.*

Introducción

LOS CAMBIOS OPERADOS AL INTERIOR de la estructura de clases en Chile desde fines de la década de 1970 han sido particularmente vertiginosos. Profesiones, oficios y adscripciones laborales han sufrido profundas mutaciones como producto de la aplicación de un modelo económico que ha funcionalizado al máximo a los diferentes actores del proceso productivo. Nadie podría discutir hoy día que el peso laboral y la incidencia político social de los obreros industriales ya no es la misma de aquella que poseían hace poco más de 20 años,¹ como tampoco lo es la de los agricultores vinculados a los cultivos tradicionales de la zona centro sur del país. Y así como estos sectores varias decenas de actores y representaciones sociales han vivido (o sufrido) la dura experiencia de la fragmentación social, de la dispersión orgánica, de la readscripción clientelística o de la muerte institucional. Este cúmulo de situaciones nuevas han alterado profundamente la estructura de clases del país y han generado a su vez cambios relevantes en las formas de construir fuerza social y de relacionarse con el Estado, con las clases dominantes y con los restantes actores o movimientos societales.²

Frente a este nuevo escenario las preocupaciones de los ciencias sociales y en particular de la burocracia intelectual adscrita al poder, ha girado en torno a las mutaciones producidas al interior de la base social con especial énfasis en la definición de políticas funcionales a los intereses de la clase política en el poder, y con una clara tendencia a la búsqueda de lineamientos que permitan legitimar el modelo económico y social entre los potenciales contestatarios del mismo. Paradojalmente quienes sustentan estos criterios son los intelectuales que ayer pontificaban respecto del movimiento social como agente de transformación y cambio, mientras que hoy día se revuelcan sobre sus dichos para reaparecer, cual ave fénix, cobijados en el discurso posmoderno.³

Pese a los cambios profundos operados en la estructura de clases del país y a los intentos de funcionalización devenidos desde el aparato del Estado, los movimientos sociales en Chile continúan representando un potencial de alteración de las bases de sustentación del sistema neoliberal y aún se perfilan como protagonistas de un anhelado proyecto social humanizador. Precisamente, pesquisar las variables que explican la vigencia de dicho proyecto e identificar los rasgos con los cuales se manifiesta actualmente son los objetivos del presente artículo.

Múltiples movilizaciones, del más variado signo, ponen al descubierto que los actores sociales del país se encuentran activos. La huelga de los mineros de Chuquicamata, la toma de los yacimientos carboníferos de Lota y de las dependencias administrativas de la misma ciudad, las jornadas de protesta

* Profesor de Historia y Geografía, Universidad Católica de Valparaíso. Magister en Historia, Universidad de Santiago.

1 Los recientes acontecimientos generados en la CUT a partir de la elección del dirigente socialista Roberto Alarcón como líder máximo de dicha organización gremial, colocaron al descubierto no sólo los problemas políticos generales de los trabajadores sino que, además, permitieron vislumbrar los rasgos más evidentes de la actual crisis del movimiento obrero: bajos niveles de afiliación, profundos distanciamientos entre la base social y la cúpula dirigente, débil representación política de la CUT en el escenario nacional, etc.

2 Una visión general sobre estos cambios se puede encontrar en el artículo de Atilio Borón: «Clases sociales y movimientos sociales en el capitalismo contemporáneo», *Margen Izquierdo* N°8, Año 3, Buenos Aires, 1993.

3 Respecto de las nuevas adscripciones teóricas de la intelectualidad latinoamericana y particularmente de la chilena se pueden ver los artículos de Gabriel Salazar: «Los pobres, los intelectuales y el poder», PAS, Santiago de Chile, 1995 y «Las avenidas del espacio público y el avance de la educación ciudadana», *Ultima Década* N°4, CIDPA, Viña del Mar, 1996. Un enfoque políticamente diferente, pero con un énfasis crítico similar, se puede encontrar en el artículo de James Petras: «La metamorfosis de los intelectuales en América Latina», CATEP, Valparaíso, 1989.

estudiantil en las universidades nacionales en contra de los proyectos de privatización de las mismas, las movilizaciones de organizaciones medioambientalistas e indígenas que se oponen a la ejecución de varios megaproyectos energéticos y las presiones de la comunidad homosexual por el respeto a sus derechos como personas, permiten ejemplificar la heterogeneidad social de la movilización y los rasgos cada vez más distintivos y específicos que ésta ha ido adquiriendo. A su vez esta activación permite confirmar la emergencia del tema de los movimientos sociales en la discusión política sectorial y nacional, mientras que sus rasgos multifacéticos obligan a revisar los planteamientos teóricos que orientan la elaboración, a nivel político, de una estrategia proyectual y de intervención.

1. Caracterización conceptual

Acceder a la caracterización teórica de los movimientos sociales en Chile y a sus eventuales proyecciones políticas requiere, previamente, de una breve discusión de los principales aportes que al respecto se han producido tanto en Chile como en el exterior en estos últimos años. El objetivo de este punto es, más que acceder a una definición taxativa de movimiento social, representar las principales aproximaciones teóricas al tema para, con ello, acotar nuestras reflexiones y precisar nuestras propias opciones epistemológicas.

Una primera introducción a la definición de movimiento social la aporta Joachim Raschke, quien establece que movimiento social es un actor colectivo que interviene en el proceso de cambio social. Ello supone el desarrollo de determinadas conductas llevadas a cabo por individuos ligados entre sí. Pero esta ligazón no involucra necesariamente homogeneidad, por el contrario, se puede observar en el seno de un movimiento social una multiplicidad de tendencias, organizaciones y principios para la acción. Por otra parte las metas u objetivos de estos movimientos tienden a ser bastante amplios y, en este contexto, apuntan a cambiar estructuras importantes de la sociedad.⁴ En este caso la heterogeneidad del componente social se convierte en el rasgo distintivo del movimiento, mientras que los objetivos comunes operan como las premisas articuladoras del mismo.

Por el contrario, para Marisa Revilla Blanco, el movimiento social es el proceso de (re)constitución de una identidad colectiva, fuera del ámbito de la política institucional. Este proceso dota de sentido a la acción individual y colectiva. El sentido de la acción es lo que permite distinguir al movimiento social del comportamiento colectivo, por cuanto éste es tan solo la agregación de intereses individuales en una coyuntura específica, mientras que en el movimiento social la identidad colectiva constituye en sí un incentivo selectivo para la acción.⁵

Para Ludolfo Paramio, por su parte, los movimientos sociales no son otra cosa que las nuevas variantes de los llamados grupos de interés y su auge, en las décadas recientes, es una manifestación de la crisis de un sistema político dual, articulado en torno a la democracia de partidos y en un pacto corporativo entre los grupos de interés dominantes (sindicatos y patronos), que imponía los grandes rasgos del modelo de sociedad y los márgenes de su evolución. Es precisamente la agudización de la crisis del pacto corporativo la que ha detonado el crecimiento extensivo de los nuevos movimientos sociales (ecologistas, de género, antiarmamentistas, etc.). Pero en este punto cabe consignar las precisiones que establece Paramio en cuanto que estos nuevos movimientos sociales no difieren sustantivamente de aquellos que los precedieron; en ambos casos, tanto los tradicionales como los nuevos, se trata de un colectivo que persigue objetivos comunes, que cuenta con una organización más o menos flexible y con un grupo dirigente organizado de forma regular; las diferencias se expresan en la tendencia a la integración de los tradicionales y en el carácter antisistémico de los emergentes.⁶

En todos estos enfoques, y pese a sus matices, la acción colectiva, entendida como las diferentes expresiones de movilización social popular (protestas, motines, bandolerismo social, etc.) se convierte en

4 Joachim Raschke: «Sobre el concepto de movimiento social». *Zona Abierta* N°69, Madrid, 1994, pp. 122-124.

5 Marisa Revilla Blanco: «El concepto de movimiento social: acción, identidad y sentido». *Zona Abierta* N°69, Madrid, 1994, pp. 181-188. [También en este volumen (N del E)].

6 Ludolfo Paramio: *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo*. Siglo XXI Editores, Madrid, 1989, pp. 218-220.

el rasgo distintivo e identificador de los movimientos sociales. En el caso de Alberto Melucci, la acción colectiva es considerada como el resultado de las intenciones, recursos y límites que un colectivo le determina a su conducta social; se trata de una orientación intencional, construida mediante relaciones sociales desarrollada en un sistema de oportunidades y obligaciones. Este accionar se articula en función de tres ejes: fines, medios y ambiente.⁷

Mientras que para Alessandro Pizzorno el eje de la acción colectiva no está en la visión olsoniana del *free rider* (relación costos-beneficios), sino que en su rasgo de eje articulador de las identidades colectivas. Lo anterior se deduce al constatar que la identidad colectiva tiende a intensificar su etapa formativa en los procesos de movilización y conflicto.⁸

Otro de los planteamientos básicos respecto de los movimientos sociales es la llamada *teoría de la movilización de recursos*, categoría acuñada por la sociología funcionalista norteamericana que propone un modelo multifactorial para explicar la formación de los mismos; en este planteamiento se subraya la importancia de factores como los recursos, la organización y las oportunidades políticas, además de las hipótesis tradicionales del descontento, en la emergencia y desarrollo de dichos movimientos. En esta conceptualización la organización del grupo es el factor determinante del potencial de movilización y de las pautas que ha de seguir, mientras que la movilización se convierte en el proceso mediante el cual un grupo se asegura el control colectivo sobre los recursos necesarios para la acción colectiva. Siguiendo esta lógica movimiental los miembros de un colectivo social como cualquier actor socializado, se mueven tanto por valores y sentimientos interiorizados como por cálculos de interés personal. Debido a esto el principal objetivo de la movilización debe ser la generación de solidaridad y compromiso moral para con las amplias colectividades en nombre de las cuales se actúa.⁹

Pero pese a estos sustantivos avances en la precisión del concepto y rasgos distintivos de los movimientos sociales, la evaluación correspondiente continúa arrojando notorios déficits. En su análisis de los diferentes aportes a dicha conceptualización Manuel Pérez Ledesma concluye que aún no están del todo claras las fronteras de ese campo de estudios. Los diferentes enfoques de las ciencias sociales (historia, sociología, politología, etc.) y sus principales exponentes (C. Tilly, A. Oberschall, G. Rudé, E. P. Thompson, S. Tarrow, etc.) tienden a fijar en categorías genéricas su objeto de estudio y, a partir de ellas, a construir razonamientos teóricos explicativos. Se hace necesario, a juicio de Pérez, sistematizar estas experiencias a objeto de convertirlas en aportes concretos al campo del análisis y proyección de dichos movimientos.¹⁰

Al parecer el dilema teórico fundamental que se debe dilucidar, como asegura Moscoso, se encuentra en la relación o puente que debe construirse entre el movimiento social y la acción política. Desde esta perspectiva las ciencias sociales deben poner fin a la actitud de enclaustramiento que las empuja a trabajar los movimientos sociales exclusivamente en su dimensión factual, para llegar a establecer y precisar las dimensiones proyectuales de rango estratégico (políticas), que permitan funcionalizar e incorporar la acción colectiva al proyecto político. El análisis de estas relaciones y las eventualidades del proyecto político popular han sido escasamente trabajadas en Chile. Sin duda alguna los principales déficits se encuentran en el ámbito de las ciencias sociales, las cuales por lo demás, y como lo señalamos previamente, se encuentran mayoritariamente posicionadas en torno a las estructuras

7 Alberto Melucci: «Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales». *Zona Abierta* N°69, Madrid, 1994, pp. 157-158.

8 Alessandro Pizzorno: «Identidad e interés». *Zona Abierta* N°69, Madrid, 1994, pp. 141-143.

9 J. Craig Jenkins: «La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales». *Zona Abierta* N°69, Madrid, 1994, pp. 5-22.

10 Manuel Pérez Ledesma: «Cuando lleguen los días de la cólera'. (Movimientos sociales, teoría e historia)». *Zona Abierta* N°69, Madrid, 1994, pp. 51-58. Leopoldo Moscoso en su artículo «Lucha de clases, acción colectiva, orden y cambio social», *Zona Abierta* N°61-62, Madrid, 1992, lleva aun más allá su crítica, estableciendo que las diferentes corrientes teóricas, Ch. Tilly, M. Olson, las diferentes vertientes marxistas y posmarxistas, etc., no han sido capaces de dar una visión completa y articulada de los movimientos sociales y la acción colectiva. Para Moscoso el marxismo debe buscar la clave a su explicación del desarrollo de los movimientos sociales en la interacción que se produce entre la 'demanda' y la 'oferta' de actividad política.

de dominación; pero no es menos efectivo que desde la trinchera de la intelectualidad orgánica el aporte ha sido más bien reducido. En torno a las intervenciones de campo de los educadores populares se han llevado a cabo experiencias locales de notable relevancia, pero con un escaso desarrollo analítico, mientras que en las disquisiciones de los partidos políticos populares el tema parece no estar a la orden del día. Probablemente, al respecto uno de los aportes más interesantes sea el del historiador Gabriel Salazar, el cual, para ser discutido, debe ser brevemente reseñado.

En una mirada de largo aliento, Gabriel Salazar logra descubrir los elementos que identifican la profunda dicotomía que separa a los movimientos sociales y a la clase política. Aquellos elementos que permiten reconocer que lo social y lo político se han desarrollado en tensión y de manera contradictoria. Ello porque ambos fundamentos poseen características específicas que tienden a moverlos en ámbitos diferentes. Lo social se presenta como una dimensión espacio-temporal particular, concreta, depositaria de una materialidad socioeconómica propia, proyectada en un espacio; que tiende a incluir abarcativamente a los colectivos más amplios (hombres, mujeres y niños), en la perspectiva de recrear un tejido social-cultural con capacidad de formar identidad y proyecto. Lo político, en cambio, aparece como la totalidad, la abstracción globalizante que se independiza de lo social; que al construir modelos discrimina, segrega y establece profesiones (clase política). Lo político es la discontinuidad, la sucesión de coyunturas; los programas, los modelos y las tácticas. Estas diferencias quedan más en evidencia si la esfera política se apropia y subordina a lo social, lo cual ocurre regularmente cuando se alcanza un punto alto de desarrollo del movimiento popular y éste no logra levantar un proyecto político desde lo social.¹¹

Lo anterior se encuentra asociado a la percepción salazariana que indica que las ideas de totalidad y generalidad (constelación 'G') han logrado convertirse en hegemónicas al interior de la sociedad chilena, subordinando y deslegitimando el paradigma epistemológico popular (movimientos 'P'). Es por ello que el movimiento popular requiere, a juicio de Gabriel Salazar, de

...una ciencia que ilumine la celdilla estructural, la ruptura del encierro y el camino hacia las 'grandes alamedas'. Que ordene lógica y eficientemente la rabia popular... Una ciencia de la dinámica social de humanización, no sólo de las normas de funcionamiento de un sistema establecido de equilibrio social... esta ciencia [la Historia]... ha sido y es, por antonomasia, la ciencia de lo particular y el cambio. Es decir, la que estudia los procesos y dinámicas reales que comúnmente sobrepasan y desarticulan los principios (y construcciones) estáticos y tautológicos de identidad, y los sistemas generales de dominación que reposan sobre ellos. En su sentido más auténtico, la Historia es la ciencia de los movimientos 'P', y de sus efectos destructivos o constructivos sobre las estructuras 'G'.¹²

Pero además de esta construcción epistemológica se hace necesario tener en consideración el nivel de desarrollo alcanzado en el actual período por el movimiento social popular, así como evaluar el grado de asentamiento y consolidación de sus contrapartes (el Estado y la élite dirigente). Las ventajas estructurales de los segundos y las debilidades coyunturales de los primeros obliga, a los sectores populares a desplegar una estrategia de relaciones y confrontaciones signada por la «autonomía relativa». Esta opción parte del supuesto que indica que el Estado-Nacional forma parte de un proyecto histórico ajeno a los pobres, por lo tanto el objetivo de los pobres es construir una sociedad nacional asentada en lo popular, para lo cual es necesario recurrir, como herramienta metodológica, a la autoeducación. Pero como en la coyuntura actual las condiciones objetivas no facilitan el desarrollo de este proceso (Estado popular, despegue industrial, etc.), se hace necesario que el movimiento social popular despliegue una serie de estrategias que le permitan avanzar hacia su objetivo histórico, resguardando su autonomía, pero manteniendo importantes niveles de interrelación con el Estado y sus intermediaciones. Consecuentemente, el proyecto popular de largo plazo debe moverse a dos bandas: combinando las prácticas políticas superestructurales (Estado-Nación) con las prácticas de autoafirmación (formación) y

11 Gabriel Salazar: «Los movimientos social populares: algunos conceptos básicos de referencia. Notas auxiliares». ECO, Santiago de Chile, 1988, *passim*.

12 Gabriel Salazar: *Violencia política popular en las 'grandes alamedas' (1947-1987)*. SUR, Santiago de Chile, 1990, pp. 50-51.

política de base (sectorial).¹³

En este contexto la educación popular asume la liberación como autodesarrollo individual y colectivo, que partiendo desde lo particular y específico permite acceder a lo general y abstracto. Consecuente con esto el objetivo principal de la auto-educación popular es crear y desarrollar poder ciudadano, es decir constituir y fortalecer el espacio público e imponer desde él, por sobre la 'governabilidad' estatista o mercantil, la 'governanza' social. Se trata de maximizar la participación ciudadana y de fortalecer (vía autoeducación) las capacidades decisorias y administrativas de todos (en especial del bajo pueblo). Se trata de fortalecer los gobiernos locales en un triple sentido: para sustituir con ventaja al gobierno central, permitir un efectivo ejercicio del poder ciudadano e imponer al gran capital la lógica y los valores sociales de las grandes mayorías. En esta perspectiva la gobernanza excede los límites de los objetivos ideológicos, para pasar a convertirse en una lógica orientadora de un movimiento social de ciudadanos, que

...en lo mínimo, es un fortalecimiento de asociaciones, en lo medio, la articulación de redes intergrupales que constituyen el espacio comunitario, y en lo mayor, es la instalación u ocupación de posiciones de poder en el espacio público.¹⁴

Cabe preguntarse a este nivel del análisis: ¿es suficiente asumir como dinámicas orientadoras del desarrollo de los movimientos sociales, la construcción de una ciencia alternativa y la definición de una estrategia de «autonomía relativa»? ¿es factible plantearse la (re)construcción del comunitarismo de base como poder ciudadano dual ante el Estado neoliberal?, ¿qué rol le cabe a los partidos políticos populares en la elaboración del proyecto popular y en la conducción de sus luchas? Aproximar algunas respuestas a estas interrogantes es la pretensión de las próximas páginas.

2. Movimientos sociales: ámbitos de constitución y proyecto histórico

Parte importante de las manifestaciones del movimiento social popular en Chile se inscriben en la larga duración. Siguiendo a Gabriel Salazar se puede inferir que estas manifestaciones (asonadas, bandolerismo social, protesta popular, etc.) son las explicitaciones más radicales de un proyecto histórico de carácter productivista y sociocrático. Esta tendencia permite explicar la coherencia interna y la gran similitud entre los planteamientos políticos del movimiento 'pipiolo' de la década de 1820, del movimiento artesano-mutualista a lo largo del siglo XIX, de los movimientos sociales del período 1915-1927 y de las rebeliones electorales y políticas de las masas populares del período 1952-1986. En todos esos casos, se esgrimieron demandas social-productivistas y se formularon fuertes críticas al Estado y a la clase política. En todos esos casos una reacción de la élite dominante, una intervención militar y, finalmente, una re-instalación negociada de la clase política civil en el Estado, concluyó con las aspiraciones de los movimientos sociales de base.¹⁵ Pero por otro lado podemos entender la irrupción y desarrollo de estos movimientos como una expresión de identidad cultural, la cual se articula en torno a las relaciones sociales de producción, pero a su vez, se proyecta socialmente a través del imaginario colectivo. El universo de símbolos y conductas recreados y ejecutadas por los sectores populares constituyen una forma de ser cultural que perfila no sólo los proyectos que se incuban en el seno del movimiento social sino que, además, le asignan al mismo una carga de historicidad que si bien no es inmutable, a lo menos es propia.¹⁶

13 Gabriel Salazar: «Del proyecto histórico de los pobres: autonomía relativa y autoeducación». *Proposiciones* N°15, SUR, Santiago de Chile, 1987, passim.

14 Gabriel Salazar: «Las avenidas del espacio público...», p. 62.

15 Gabriel Salazar: «Lo social (popular) y lo político (nacional) en Chile: ¿crisis del modo clientelista de articulación?». En: *Movimientos sociales y política: el desafío de la democracia en América Latina*. CLACSO-CES; Santiago de Chile, 1990, p. 185; del mismo autor, «Violencia política popular...», passim.

16 Sobre la relación entre identidad popular y ámbitos de constitución de los sujetos sociales, ver los artículos de Luis

Una visión diferente de la constitución de los movimientos sociales urbanos la aporta Vicente Espinoza. Al estudiar a los sectores populares urbanos de la ciudad de Santiago, Espinoza, reconoce a los pobladores como sujetos sociales que aspiran a obtener mayores niveles de inserción en la institucionalidad. Debido a ello el movimiento social que protagonizan tiende a identificarse de manera clara, o con las políticas oficiales del gobierno de turno o, en contraposición, con los conglomerados políticos que internalizan sus demandas básicas. De acuerdo con esta lógica el movimiento poblacional carece de autonomía y proyecto social cultural propio y es, solamente, una caja de resonancia más de los proyectos sociales elaborados por la clase política o por el Estado. Este enfoque es consecuente con aquella visión teórica que niega la existencia de movimientos sociales con iniciativas y proyectos propios. De acuerdo con este enfoque teórico los movimientos sociales sólo existen como apéndices de masas de los referentes elitarios que elaboran proyectos y construyen utopías (intelectuales, partidos políticos, Estado, etc.).¹⁷ El problema de Espinoza radica en que él sólo observa, a través de fuentes indirectas (prensa), la intervención del movimiento social en su dimensión de demandante. Es decir, en una de las expresiones de la constitución del movimiento; expresión en la cual la interlocución con el Estado se convierte en el eje del proceso. Pero no logra observar las restantes manifestaciones de la constitución del grupo, aquellas que corren paralelamente a su intervención política y que se encuentran cotidianamente operando en el plano formativo; no logra percibir los ámbitos de constitución del movimiento, las expresiones de sociabilidad colectiva, los procesos autogestados de construcción de espacio urbano, ni la recreación de las formas propias de humanización del entorno. En definitiva no logra percibir aquellos elementos que definen el proyecto social-popular y que expresan sus dimensiones estratégicas.¹⁸

Sin tener que detenerse en extenso en cada una de las fases de desarrollo del proyecto histórico popular, podemos observar a algunos de sus protagonistas y dilucidar los rasgos más distintivos que ellos ofrecen.¹⁹ El movimiento artesanal surgido en Chile a fines de la década de 1820 y articulado programáticamente desde mediados del siglo XIX, se constituyó en torno a las relaciones de producción específicas que logró desarrollar al interior de la economía decimonónica y, a partir de la posición

Alberto Romero: «Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas del siglo XIX. La cuestión de la identidad», *Desarrollo Económico* V. 27, N°106, Santiago de Chile, 1987; «¿Cómo son los pobres? Miradas de la élite e identidad popular en Santiago de Chile hacia 1870», *Opciones* N°16, CERC, Santiago de Chile, 1989; «Los sectores populares urbanos como sujetos históricos», *Proposiciones* N°19, SUR, Santiago de Chile, 1990. La cultura popular como manifestación de identidad y de resistencia a la modernización capitalista se puede analizar en los artículos de Fernando Castillo: «Modernización y evangelización», *Tópicos* N°3, CEDM, Santiago, 1991, pp. 77 ss; «Modernización ¿proyecto o destino?», *Tópicos* N°2, CEDM, Santiago, 1991, pp. 122 ss.

17 Vicente Espinoza: «Los pobladores en la política», en: *Los movimientos sociales y la lucha democrática en Chile*; Seminario CLACSO-UNU; ILET, Santiago de Chile, 1986, passim. *Para una historia de los pobres de la ciudad*. Colección de Estudios Históricos, SUR Editores, Santiago de Chile, 1988, passim. Una visión aun más radical es la que sostiene el sociólogo francés Alain Touraine, para quien no se puede referenciar a partir de las luchas urbanas, la existencia de un movimiento social; estos movimientos, con proyecto propia y lógica de acción no existen en el mundo popular urbano; ver: «La centralidad de los marginales», *Proposiciones* N°14, SUR, Santiago, 1987, passim. Ver también, de Eduardo Valenzuela: «La experiencia nacional-popular», *Proposiciones* N°20, SUR, Santiago de Chile, 1991, pp. 13 ss y Eugenio Tironi: «Para una sociología de la decadencia: el concepto de disolución social», II Congreso de Sociología, Colegio de Sociólogos; Santiago de Chile, 1986, pp. 12 ss. Una visión más matizada, que destaca el rol del Estado en la formación de los actores sociopolíticos, es la que sostienen Fernando Calderón y Elizabeth Jelin en «Clases sociales y movimientos sociales en América Latina», *Proposiciones* N°14, SUR, Santiago de Chile, 1987. En la misma línea se sitúan las observaciones de Enrique Correa: «El debate actual sobre los movimientos sociales en Chile», en: *Teología de la liberación y realidad chilena*, CEDM, Santiago, 1989, pp. 59 ss.

18 Sobre la formación de sociabilidad popular urbana ver de Luis Alberto Romero: «Urbanización y sectores populares: Santiago de Chile, 1830-1875», *EURE*, v. XI, N°31, Santiago de Chile, 1984; «Rotos, gañanes y trabajadores no calificados en Santiago (1850-1895)», *Cuadernos de Historia* N°8, Santiago de Chile, 1988. Un paradigmático proceso de construcción de espacio urbano popular latinoamericano se encuentra excepcionalmente analizado en el libro de Carlos Iván Degregori et al.: *Conquistadores de un nuevo mundo. De invasores a ciudadanos en San Martín de Porres*, IEP, Lima, 1986.

19 No es nuestro interés establecer un balance histórico de los diferentes movimientos sociales en Chile. El objetivo es más limitado. Se apunta a establecer los rasgos de determinados movimientos sociales en un contexto temporal amplio, para llegar a reconocer en ellos las premisas que fundamentan su constitución.

privilegiada que ocupó en ella (productor independiente de bienes manufacturados), comenzó a recrear su propio ethos cultural y sus propias formas de sociabilidad. En esta lógica de construcción de realidad, el movimiento artesanal fue capaz de llevar a cabo una política de contraposición social que podríamos identificar con la categoría salazariana de «autonomía relativa». Es así como su acción colectiva manifiesta las más variadas tendencias, desde el accionar intrainstitucional (asociacionismo legal, comparsa electoral de la oligarquía) hasta expresiones de autonomía socioeconómica (sociedades de producción y autoconsumo, instituciones de beneficencia, escuelas de artesanos), pasando por el desarrollo de proyectos antisistémicos (lucha contra la guardia nacional) y por su incorporación a las asonadas urbanas del bajo pueblo (protestas contra el Estado de 1878).²⁰

En las áreas minero-agrícolas del Norte Chico, como Choapa, el movimiento social está formado por dos actores básicos: trabajadores mineros y campesinos. Al igual que en el caso de los artesanos, estas categorías sociales responden a la funcionalización económico-laboral de la región y, a través del tiempo, le han impuesto su impronta cultural al quehacer social de la zona. En este caso el movimiento social se presenta como movimiento sindical; surge al amparo de la legislación laboral de 1931, pero se nutre culturalmente del quehacer de los salitreros que retornan con la crisis de 1929 y con la emergencia del Partido Socialista. Es un movimiento que programáticamente se plantea un proyecto regional de desarrollo, contrapuesto a la funcionalización de origen estatal y oligárquica, es, por ende, antisistémico. Este movimiento sindical ha irradiado históricamente hacia el conjunto del movimiento popular local su propuesta de desarrollo, logrando además, arraigar el modelo cultural de sociabilización que practica. La lógica de este movimiento también puede explicarse por la categoría de «autonomía relativa», es decir, establece eventualmente niveles de clientelización y adscripción con sus diferentes contrapartes (Estado, partidos políticos, etc.), en función de la consecución de sus objetivos, y recupera regularmente su autonomía de acción.²¹

En el caso del movimiento social popular de la ciudad de Viña del Mar se pueden distinguir dos movimientos que actúan simultáneamente y que se componen del mismo núcleo social: por una parte se trata de un movimiento obrero industrial y por otra de un movimiento urbano (poblacional). Estos movimientos juegan un rol destacado en el progreso económico viñamarino, conquistando espacios sociales, políticos y territoriales en la ciudad. Como movimiento sindical construye toda una red de sociabilidad popular en la cual la condición obrera conlleva una carga de autoestima y dignidad que los posiciona por sobre otros actores populares; como constructor de espacio urbano el obrero industrial traslada al barrio las dinámicas y formas de articulación social propias del sindicalismo, permeando su entorno con la cultura obrera.²² Estos fenómenos de desarrollo de un ethos cultural propio y de construcción de espacio urbano mediante la autogestión permite el arraigo de la sociabilidad popular. Esta impronta popular opera procesos y transformaciones profundas al interior de los complejos obrero-populares que se resisten a cargar con la identidad institucional (turístico-comercial) que le ofrecen el Estado y la élite mercantil.²³

Eventualmente estos movimientos poco o nada tienen de común con los actuales movimientos

20 Nicolás Corvalán e Igor Goicovic: «Crisis económica y respuesta social: el movimiento urbano artesanal. Chile 1873-1878». *Ultima Década* N°1, CIDPA, Viña del Mar, 1993, pp. 141-188. Sobre los procesos autoformativos llevados a cabo por artesanos ver el artículo de Milton Godoy Orellana: «Mutualismo y educación: las escuelas nocturnas de artesanos, 1860-1880». *Ultima Década* N°2, CIDPA, Viña del Mar, 1994.

21 Igor Goicovic Donoso: «Crisis económica y respuesta social. Choapa 1929-1935». *Notas Históricas y Geográficas* N°4, UPLACED, Valparaíso, 1993, pp. 119-153. Este tema también se encuentra tratado en los siguientes artículos del mismo autor: «Formación económico social y lucha de clases en el Valle del Choapa (1930-1973)». Programa Jóvenes Investigadores Regionales WUS-Chile, Los Vilos, 1990. «Elección municipal y sufragio popular. Los Vilos 1938-1971». *El Norte Chico*, Los Vilos, 1992. «Irrupción y desarrollo del movimiento social popular en Choapa (1930-1949)». Los Vilos, 1996.

22 Luis Vildósola Basualto: «'A los 14 años mi papá ya sentía que era un hombre'. El sujeto popular de Viña del Mar durante la primera mitad del siglo XX». *Ultima Década* N°3, CIDPA, Viña del Mar, 1995, pp. 61-97.

23 Igor Goicovic y Luis Vildósola: *Achupallas, historia de muchas manos, semilla de nuevos sueños*. CIDPA, Viña del Mar, 1996, *passim*. (en prensa).

sociales.²⁴ Particularmente si reconocemos que el ámbito por excelencia de constitución de los mismos, la estructura económica, ha sufrido cambios significativos en el último siglo. Pero el fundamento básico continúa siendo el mismo. Las transformaciones del aparato productivo y la consecuente modificación de la estructura de clases sólo ha operado modificando las bases de articulación de los sujetos populares, mas el proceso de conformación de los mismos continúa su marcha. La emergencia de nuevas identidades sociales y la recreación de nuevas formas de sociabilidad, ponen de manifiesto la inagotable capacidad de los sectores populares para dar vida y sustentabilidad a su proyecto histórico.

3. Movimientos sociales y relaciones de poder

Sin duda alguna el problema teórico y metodológico más importante que deben resolver hoy día los movimientos sociales dice relación con la construcción del puente entre la acción colectiva y la proyección política. Ello evidentemente no es una tarea fácil de resolver. Mucho menos si consideramos que las actuales políticas públicas y el quehacer de los actores políticos está más centrado en el encuadramiento y anulación de dichos movimientos que en su reactivación. A través de todos los recursos disponibles (medios de comunicación social, discursos institucionales, accionar represivo, cooptación clientelística, etc.) el Estado y las clases dominantes intentan proyectar hacia el mundo social la imagen de una economía exitosa y de un modelo político y social en consolidación. De esta manera pretenden legitimar en el seno de dicho cuerpo social la imagen de estabilidad que requiere el sistema para operar. Pero lo anterior evidentemente no es suficiente, además es necesario desarticular radicalmente todo asomo de constitución movimiental que ponga en peligro las premisas y asertos del sistema. Para ello se recurre a los nuevos paladines teóricos de la modernidad capitalista. Éstos, cuales caballeros medievales acometen lanza en ristre contra toda manifestación teórica que reivindique el protagonismo popular y con ello cuestione sus fundamentos. Es por esto que para nuestros teóricos conversos ya no existen movimientos sociales, o éstos se encuentran entrampados en la lógica de la integración y de la adscripción clientelística, o que eventualmente sólo contamos con masas anómicas incapaces de proyectarse colectivamente hacia la sociedad, o incluso que se trata de grupos replegados sobre su identidad social y por ende incapaces de salir de su ensimismamiento comunitario.²⁵

Lo anterior le permite a Alain Touraine sostener que el único modelo de desarrollo social viable es el de la modernidad occidental. De acuerdo con éste los modernos serán cada vez más modernos y los no modernos no alcanzarán nunca a modernizarse.²⁶

Es decir, el sistema será capaz de sobrevivir con una amplia masa de excluidos sociales, los cuales debido a su incapacidad para constituirse en actores, no se convierten en una amenaza para el sistema.

Esta opción consciente por la exclusión social y por la pontificación de las desigualdades encuentra, evidentemente, duros detractores. En muchos casos estas detracciones devienen en contra de los aspectos más ilustrados de la prédica neoliberal. Es así como la Iglesia Católica, junto con denunciar las insuficiencias sociales del sistema intenta acarrear agua hasta su molino tradicional, cuestionando la permisividad y el hedonismo de la modernidad capitalista. Para un sector importante al interior de la Iglesia la única alternativa es un retorno a la conciencia moral. Es decir, una conciencia valórica e imperativa que indique lo que se debe hacer y no sólo que señale lo que se está haciendo (conciencia

24 Al respecto ver los artículos ya citados de Atilio Borón, pp. 7 ss; y de Fernando Calderón y Elizabeth Jelin: Op. cit., passim.

25 Sin lugar a dudas que uno de los triunfos más notables de la modernidad capitalista ha sido la incorporación en el seno de la conciencia popular de las supuestas ventajas de la conducta individual. En el marco de la hegemonía del individualismo neoliberal, los problemas particulares sustituyen a los problemas sociales, abriendo paso a una práctica disociada. Ver al respecto el artículo de Pablo González Casanova: «La democracia de los de abajo y los movimientos sociales», *Margen Izquierdo*, N°8, Año 3, Buenos Aires, 1993, pp. 4 ss; y en la misma publicación el artículo de Adolfo Gilly: «Paisaje después de una derrota. Fragmentación y resocialización de las demandas y los movimientos», p. 14.

26 Alain Touraine: «América Latina: de la modernización a la modernidad». *Convergencia* N°17, Isla Negra, Chile, 13 y 14 de septiembre de 1989, passim.

sicológica). Se trata en definitiva de rearticular y relegitimar un discurso (tradicional), que gane posiciones en el debate intelectual y político, a objeto de limitar las permisividades morales (aborto, divorcio, opción sexual, etc.) que ha prohiado el sistema liberal.²⁷ En ningún caso el objetivo es, en esta perspectiva, patrocinar la participación social como vía de solución a la condición de exclusión y pobreza.

Para otros sectores en cambio, la contradicción fundamental que emerge de la crítica a la modernidad es aquella que se produce entre la idea de libertad y la de razón utilitaria, ya que la segunda tiende a subordinar a la primera, negando a los sujetos y su capacidad de transformar la historia.²⁸ Pero pese a esto, las culturas populares, como expresión de afirmación de una identidad colectiva (indígena, campesino, poblador, minero, etc.), han sido capaces de articular lo propio, como una expresión de resistencia colectiva.²⁹ De ahí que frente al discurso insolente de la modernidad triunfante, el quehacer perenne de las comunidades populares, en su lucha por la subsistencia, continúa explicitando la existencia de un patrimonio identitario que nutre su praxis cotidiana y que articula socialmente a sus sujetos.

En el largo plazo los movimientos sociales pueden, evidentemente, hacer presente la existencia de un proyecto histórico, sea cual sea su signo. Pero ello no significa necesariamente que dicho proyecto aparezca reiteradamente en la orden del día. Por el contrario, las fases de repliegue y desvertebración de los movimientos sociales desencadenan un proceso sostenido de desperfilamiento del proyecto histórico y, además, abren las puertas a la irrupción de las tendencias resistentes al asociacionismo popular. Estos períodos, que se corresponden históricamente con las derrotas estratégicas del movimiento popular y con la consolidación de los proyectos de dominación elitarios, sumen a los movimientos sociales en crisis profundas, en las cuales el cuestionamiento identitario, programático y estratégico se convierte en el signo más visible.

Un breve repaso a la situación en la cual se debaten los actores sociales tradicionales pone de manifiesto la profundidad de la crisis y la imposibilidad de repositonarlos en el escenario social siguiendo los antiguos mecanismos de intervención y relaciones. Así, el movimiento obrero, paradigma de la articulación social y política de los sectores populares, aparece cuestionado. Ante la sociedad y los restantes movimientos sociales se presenta debilitado (social y económicamente), sin iniciativa y, hasta cierto punto, carente de centralidad.³⁰ Por su parte el movimiento campesino, tras la profundización de las relaciones capitalistas en el agro y la desvertebración represiva de sus organizaciones, no ha logrado reactualizar su demanda ni recrear nuevas formas de articulación y movilización social.³¹ Por último los movimientos sociales emergentes: comunidades cristianas de base, jóvenes, pobladores, mujeres, etc., una vez concluida la fase de mayor confrontación con el régimen militar e iniciada la transición política, se vieron amagados en su protagonismo por la clase política y sus mecanismos de clientelización y cooptación y, salvo esporádicas irrupciones públicas, se presentan habitualmente recluidos en sus

27 Al respecto ver el artículo de Piero Biggio: «Ética en la posmodernidad». *El Mercurio*, Santiago de Chile, 7 de abril de 1996, Cuerpo E, pp. 10-11.

28 Una visión apologética del triunfo de la modernidad capitalista se encuentra en el artículo de Francis Fukuyama: «¿El final de la historia?», *The National Interest*, 1989. Mientras que una ácida crítica a esta visión se encuentra en el artículo de Helio Gallardo: «Francis Fukuyama y el triunfo del capitalismo burgués. ¿El final de la historia o el deseo de finalizar el ser humano?». *Pasos* N°27, DEI, San José de Costa Rica, 1989. Franz Hinkelammert aporta a la polémica una visión de resistencia al capitalismo y de reconstrucción de alternativas económicas fundadas en la reciprocidad y en la eficiencia reproductiva en dos artículos: «¿Capitalismo sin alternativas? Sobre la sociedad que sostiene que no hay alternativas para ella», *Pasos* N°37, San José de Costa Rica, 1991 y «Nuestro proyecto de nueva sociedad en América Latina. El papel regulador del Estado y los problemas de auto-regulación del mercado»; *Pasos* N°27, DEI, San José de Costa Rica, 1989..

29 Fernando Castillo: «Modernización y evangelización», pp. 84 ss.

30 Para Adolfo Gilly lo anterior deviene de la crisis del pacto corporativo que lo había legitimado social y políticamente y que, además, había contribuido a posicionarlo en esferas próximas al poder; op. cit., pp. 12 ss.

31 Miguel Acuña y Rodolfo Gálvez: «La reconstrucción del sindicalismo agrario en la perspectiva del cambio social». Primer Congreso Chileno de Sociología, Colegio de Sociólogos de Chile, v. 2, Santiago de Chile, 1984, pp. 824 ss. Sergio Gómez: «La organización campesina en Chile. Trayectoria y perspectivas». FLACSO, *Documento de Trabajo* N°300, Santiago de Chile, 1986, passim.

espacios particulares y ensimis-mados en torno a sus demandas específicas.³²

Tres son a nuestro juicio las problematizaciones que deben asumir los movimientos sociales y particularmente los partidos políticos populares (sus intermediaciones legítimas), para enfrentar el necesario proceso de rearticulación nacional y de proyección estratégica de los mismos; estas problematizaciones se refieren al contenido de la demanda social, el modelo de organización a construir y a las formas de relación que se desarrollan con las diferentes contrapartes (Estado, élite dominante, etc.).

Establecer los contenidos de la demanda de un movimiento social no implica, exclusivamente, enumerar las necesidades específicas que han consensuado colectivamente. Se trata más bien de delimitar los alcances que dicha demanda posee en el contexto de la constitución del grupo como movimiento. En ese sentido un primer alcance nos permite señalar que el núcleo que articula dicha demanda es la necesidad de introducir transformaciones radicales en el Estado o la sociedad o, a lo menos, en aspectos sustanciales de ellos. Desde esta perspectiva el movimiento sólo alcanza a constituirse como tal en la medida que la demanda que orienta sus procesos movilizadores cuestiona aspectos esenciales del orden dominante.

La orientación radical de la demanda exige la construcción de un tipo de organización que, asumiendo el carácter heterogéneo del colectivo social y las motivaciones dispares del mismo, canalice su espontaneísmo hacia la movilización, haciéndolo participe de una forma de agrupamiento funcional a los objetivos del grupo. Al respecto Craig Jenkins distingue dos modelos organizativos: el modelo burocrático centralizado, que se corresponde con una estructura formalizada que a su vez involucra una clara división del trabajo. Este modelo maximiza la movilización y transforma compromisos difusos en roles claramente definidos. Además, como posee una estructura centralizada de toma de decisiones, se incrementa la capacidad de intervención inmediata del grupo al quedar reducidos los conflictos internos. La segunda variante definida por Jenkins es el modelo descentralizado; éstos poseen una mínima división del trabajo, se encuentran integrados por redes informales y se articulan en torno a una ideología de amplio espectro. Las estructuras segmentadas y descentralizadas maximizan la movilización al establecer lazos interpersonales extensos que generan solidaridad y refuerzan el compromiso ideológico. Son estructuras adaptables que invitan a la innovación táctica y a la competencia entre los subgrupos, a la vez que reducen la vulnerabilidad respecto de su eliminación o cooptación por parte de la autoridad. Cabe señalar, en todo caso, que las diferentes estructuras de organización resultan más o menos eficaces en función de diferentes objetivos. Así, las organizaciones burocráticas dan experiencia técnica y coordinación, elementos esenciales para la consecución de cambios institucionales, pero son menos efectivas en la participación de base. Las descentralizadas, por su parte, maximizan la participación de base y aseguran la permanencia del grupo, pero a costa de la efectividad estratégica.³³

En Chile la organización popular (social y política) precedió a la legislación e implementación de las políticas sociales oficiales. El movimiento mutualista de mediados del siglo XIX y las mancomunales y sociedades en resistencia de fines del mismo siglo dan cuenta de ello.³⁴ Este antecedente no es meramente anecdótico, ya que estas formas de organización se corresponden con uno de los períodos de mayor desarrollo del movimiento social popular y, por ende, de profundo cuestionamiento a la estabilidad del régimen de dominación de clase. En períodos posteriores (1931-1932, 1967-1973 y 1983-1986), el ascenso experimentado por las luchas populares corrió de la mano con el fortalecimiento de sus organizaciones de base y ello redundó, una vez más, en serias amenazas para la estabilidad institucional.

32 Respecto de estos temas se pueden consultar los siguientes artículos, Guillermo Campero: «Luchas y movilizaciones sociales en la crisis: ¿Se constituyen movimientos sociales en Chile?: una introducción al debate»; en: *Los movimientos sociales y...*; Claudio Rammsy: «Teología de la liberación y movimientos sociales», en: *Teología de la liberación y realidad chilena...*; Eduardo Valenzuela: «¿Movimiento juvenil en la transición?», en: Cristian Parker y Pablo Salvat (compiladores): *Formación cívico-política de la juventud. Desafío para la democracia*. CERC-Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile, 1992; Mario Garcés: «Movimientos sociales populares y transición a la democracia», ECO, Santiago de Chile, 1990 y del mismo autor «Movimientos sociales en América Latina», VIII Asamblea Regional WACC/AL-C.

33 Craig Jenkins: Op. cit., pp. 24-29.

34 Mario Garcés: «Desarrollo histórico de la organización popular». ECO, Santiago de Chile, 1990, pp. 26 ss.

Recurrir a estos antecedentes históricos no implica invitar a reproducir estas experiencias organizativas, pero sí convoca a estudiarlas dado que sus éxitos y fracasos han marcado el devenir del proyecto histórico-popular. Una aproximación preliminar a dicho estudio, con evidentes proyecciones estratégicas, nos permitiría constatar tres niveles de tensión: por una parte la necesaria relación entre movimiento social y partido político, signada a partir de la institucionalización del pacto corporativo (fines de la década de 1930), por el clientelismo. En segundo lugar la relación entre el Estado y el movimiento social que, históricamente, ha oscilado entre la cooptación y la represión. Y por último, el carácter flexible que debe asumir la organización popular de base, para llegar a convocar en su seno las más variadas formas de protagonismo popular.

La proliferación en el número de grupos y de sectores sociales excluidos o marginados conlleva, en términos prácticos, un aumento en los niveles de conflictividad del capitalismo en un contexto signado por la declinante eficacia y efectividad de los aparatos estatales y una erosión significativa de sus márgenes de legitimidad.³⁵ A ello debemos agregar el serio cuestionamiento que atraviesa a las organizaciones populares surgidas y desarrolladas al amparo de la institucionalidad y el creciente rechazo a la intervención política de carácter clientelista.³⁶ En este contexto las alternativas que se perfilan al interior del mundo popular son heterogéneas: se puede optar por la reclusión individual, el ensimismamiento comunitario, la anomia social, la reacción perversa, la integración clientelizada, la presión reactiva o la movilización antisistémica y proyectual. Esta situación obliga a las organizaciones sociales a redefinir no sólo sus formas de articulación orgánica, a objeto de hacerlas más participativas, sino que además, exige poner en la orden del día el sentido estratégico de la movilización popular, es decir reactualizar el proyecto histórico-popular. Para ello no basta con establecer una determinada lógica de relación con el Estado y la sociedad (llámese autonomía relativa o confrontación radical, ambas por lo demás funcionales a la coyuntura histórica o a la situación específica), aun más imprescindible es llenar de contenido el programa que hoy día debe identificar al proyecto histórico-popular. Las formas de articulación del movimiento social, sus experiencias de lucha y las relaciones que construye en la cotidianeidad deben apuntar a perfilar y consensuar dicho programa; mientras que las formas de ocupación del espacio público y el carácter (solidario) de las relaciones que construyen sociedad deben convertirse en sus ejes estratégicos.

La experiencia acumulada en la lucha histórica por la subsistencia y en la creación de su propio ethos cultural debe ayudar al movimiento social popular a configurar una mayoría popular significativa y poderosa que cuestione radicalmente el sistema dominante e intente reconstruir el poder popular desde la base, desde la identidad y fuerza del mismo pueblo. Para ello es necesario tomar el poder primero en la sociedad civil, para luego crear un consenso popular alternativo respecto del poder político.³⁷ En una primera etapa el movimiento social popular debe prepararse para enfrentar y revertir en todos los planos (laboral, jurídico, político y organizativo) la ofensiva del capital; para ello debe resistir en torno a sus prácticas cotidianas de construcción y preservación de vida, rescatar los rasgos que fortalecen y proyectan la identidad local y avanzar en la resocialización de las situaciones, los espacios y las demandas (sociales, políticas, jurídicas, organizativas) que la reestructuración del capital ha fragmentado.³⁸ Esta fase de resistencia y reasentamiento debe permitir a su vez, la extensión horizontal de los movimientos sociales, única forma de avanzar en el conocimiento e interrelación de las diferentes experiencias societales populares. Lo anterior debe permitir la emergencia de las instancias de coordinación y agrupamiento que

35 Atilio Borón: Op. cit., pp. 10.

36 Oscar Dávila: «Los dilemas de la constitución de actores sociales», *Ultima Década* N°1, CIDPA, Viña del Mar, 1993, pp. 31-48; y del mismo autor: «Acción colectiva y asociatividad poblacional», *Ultima Década* N°2, CIDPA, Viña del Mar, 1994, pp. 161-179. Claudio Duarte: *Juventud popular. El rollo entre ser lo que queremos o ser lo que nos imponen*. Colectivo de Educación Popular Juvenil Newence, Santiago de Chile, 1994, p. 107. Una visión más amplia del mismo tema se encuentra en el libro de Ludolfo Paramio previamente citado.

37 Pablo Richard: «Década de los noventa: una esperanza para el Tercer Mundo». *Pasos* N°27, DEI, San José de Costa Rica, 1990.

38 Adolfo Gilly: Op. cit., pp. 13-14.

le den cobertura nacional al movimiento y que, además, integren en un solo programa las demandas de los diferentes colectivos involucrados.

El espacio social (urbano o rural) privilegiado para el desarrollo de este tipo de experiencias movimientales es el ámbito local. Las luchas populares en América latina durante las década de 1970 y 1980 pusieron en evidencia la dimensión estratégica que adquiere el espacio local en la definición de una opción de preservación o de subversión del orden nacional. Las políticas de control social emanadas desde los Estados de Seguridad Nacional privilegiaban el copamiento militar, político y social de dichos espacios a objeto de construir «cordones de sanidad» que impidieran la propagación de la subversión.³⁹ Por su parte los grupos insurgentes favorecían la construcción de fuerza social revolucionaria precisamente entre aquellos sectores, territorialmente localizados, más golpeados por la economía capitalista y por las políticas de exclusión.⁴⁰

En el actual escenario político, recuperar el espacio local para el amplio desarrollo de las organizaciones populares involucra reposicionar a los actores populares en el ámbito que les es propio. En ellos los movimientos sociales se sienten cómodos: reactualizan sus proyectos, fortalecen su identidad, amplían y complejizan sus redes de solidaridad y se preparan para arrebatar al bloque dominante mayores espacios de participación. Ya a comienzos del siglo XX el líder socialista Luis Emilio Recabarren había reivindicado la apropiación por parte del pueblo del espacio municipal como una vía para avanzar hacia la reformulación sociocrática del Estado nacional. Para Recabarren las Asambleas de Electores a nivel comunal debían transformarse en Asamblea Constituyente para, a partir de ello, avanzar a la transformación radical de la institucionalidad política nacional. El socialismo concebido por Recabarren tenía como ejes, la autonomía de la comuna y la soberanía socio-productiva del pueblo sobre ella. En este contexto el Parlamento burgués estaba demás, ya que el pueblo debía darse y construir su propia institucionalidad desde el poder local.⁴¹ En la misma perspectiva se encuentra la propuesta presentada por la Asamblea Constituyente de Obreros e Intelectuales en 1925, que señalaba que para que la democracia chilena fuera efectiva el país debía ser federal y la democracia tener expresión real en las regiones y en las comunas y, además, que en la elaboración de las leyes de la República debían tener participación no sólo los políticos y abogados de profesión, sino que directamente las organizaciones sociales.⁴²

Evidentemente en el actual escenario el espacio municipal se encuentra cuestionado por la base popular dado que carece de autonomía política y no explicita su rol de célula básica de la democracia. La percepción popular indica que el poder municipal se ha transformado de representante del pueblo ante el poder central en representante de éste ante el pueblo. Pese a lo anterior la experiencia del movimiento popular en algunos distritos de Lima Metropolitana permite constatar que la recuperación de dichos espacios incrementa los niveles de participación popular y fortalece el ejercicio de la democracia. A nivel local el movimiento social popular en Lima ha logrado el reconocimiento de las organizaciones populares y de sus miembros, ya no como ciudadanos (reconocimiento del individuo), sino que como categoría social y económica; el reconocimiento de su autonomía frente al Estado; y el reconocimiento de su derecho a la toma de decisiones sobre las cuestiones fundamentales de la vida y de la sociedad.⁴³

En este punto nos surge una de las problematizaciones más importantes al estudiar los movimientos social populares: el carácter y función de las intermediaciones, es decir, de los partidos

39 Respecto del tema se pueden revisar los siguientes textos: Genaro Arriagada: *El pensamiento político de los militares*, Editorial Aconcagua, Santiago de Chile, 1986 y de Jorge Chateau: «Seguridad nacional y guerra antisubversiva», FLACSO, *Documento de Trabajo* N°185, Santiago de Chile, 1983.

40 La experiencia del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua a fines de la década de 1970, de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar (CGSB) en Colombia durante la década de 1980 y recientemente del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), dan cuenta de este modelo de intervención.

41 Gabriel Salazar: «Movimiento social, municipio y construcción de Estado: la propuesta de Luis Emilio Recabarren». *Página Abierta* N°69, Santiago de Chile, 22 de junio al 5 de julio de 1989, pp. 25-26.

42 Mario Garcés: «De nuestra historia social popular y de la historia social y política de la últimas décadas». Neuquén, Argentina, 1990, p. 8.

43 Estas experiencias se encuentran representadas en el texto ya citado de Carlos Iván Degregori et al. y también en el artículo de Luis Alberto Chirinos: «Gobierno local y participación vecinal: el caso de Lima Metropolitana», *passim*.

políticos populares. ¿Qué tipo de intermediaciones es necesario construir para facilitar el proceso de constitución de movimientos sociales dotados de autonomía política y proyección estratégica?, ¿qué tipo de partidos políticos son necesarios para contribuir al tránsito del movimiento social desde el espacio local hacia la construcción de Estado? Sin lugar a dudas que estas intermediaciones deben poseer tres características básicas: deben nuclear a los mejores cuadros del movimiento social, a aquellos que no sólo sobresalen por sus capacidades intelectuales, sino que también a quienes se distinguen por su conducta proba, por su tenacidad y esfuerzo; por otro lado estas intermediaciones deben poseer un profundo arraigo en las tradiciones históricas del movimiento social popular, una íntima relación con sus avances y retrocesos, con sus éxitos y fracasos; y por último, resulta imprescindible que la organización política asuma y acepte los diferentes planos en los cuales se desenvuelven el movimiento social y la organización política, de manera que las respectivas autonomías no se vean amagadas por la superposición de hegemonías. Los movimientos sociales requieren de los partidos políticos como agentes de conducción (síntesis superior del proceso de organización) y los partidos políticos necesitan a los movimientos sociales para alimentarse de la realidad y para sumar fuerzas al proceso de cambios.

Los partidos políticos populares deben reponer la fuerza transformadora presente en los movimientos sociales, teniendo presente que su rearticulación y desarrollo en ausencia de interlocutores estatales (durante el régimen militar) reforzó su carácter autónomo y su confrontación con el aparato estatal. Patrimonio que una vez recuperado no debe volver a ser enajenado. Pero la convergencia estratégica entre la izquierda política y la izquierda social pasa necesariamente por el cuestionamiento de la perspectiva estatista de la acción política de la primera. Los partidos populares deben incentivar un tipo de participación popular que coloque frente al Estado el contrapeso de la sociedad civil, ya que el desarrollo de la sociedad civil (su crecimiento cualitativo) es la base más segura para un proyecto de cambios.⁴⁴

Lo anterior no involucra, en todo caso, legitimar los mesianismos comunitaristas que al negar la intermediación política, niegan el salto del movimiento social al Estado y con ello, invalidan también toda sustentación de largo plazo del proyecto local.

Ya es necesario asumir que el proyecto histórico-popular transita hoy día por nuevas avenidas; que las variables que ayer parecían científica y políticamente correctas hoy día han perdido consistencia (y legitimidad); que los actores, movimientos e intermediaciones que centralizaban la lucha popular han sufrido transformaciones radicales; que se han asentado nuevas estructuras históricas y, con ellas, han emergido nuevos actores sociales; que debido a ello las necesidades del mundo popular, si bien expresan problemas históricos, se manifiestan a través de fenómenos sociales diferentes. Para enfrentar este cúmulo de transformaciones es necesaria, como señala Agnes Heller, una revolución social total, que involucra una superación de la revolución estrictamente política dirigida por la élite partidaria. Una revolución en los modos de vida, que conlleva un desarrollo del comunitarismo como estrategia de abolición de la alienación cultural.⁴⁵ Sólo la abolición de la alienación permitirá la construcción de una sociedad fundada en la solidaridad y asentada en el protagonismo y la participación popular.

VIÑA DEL MAR, junio de 1996

44 Marcelo Solervicens: «Los movimientos sociales y los desafíos de la izquierda». *Ultima Década* N°1, CIDPA, Viña del Mar, 1993, pp. 25-27.

45 Citado por Alfonso Ibáñez: *Agnes Heller: la satisfacción de las necesidades radicales*. Editorial Alforja, DEI, San José de Costa Rica, 1991, pp. 62 ss.

